

# LA CULTURA AZUCARERA DEL TRABAJO: PERSISTENCIAS Y TRANSFORMACIONES

Florencia Gutiérrez · Leandro Lichtmajer · Lucía Santos Lepera



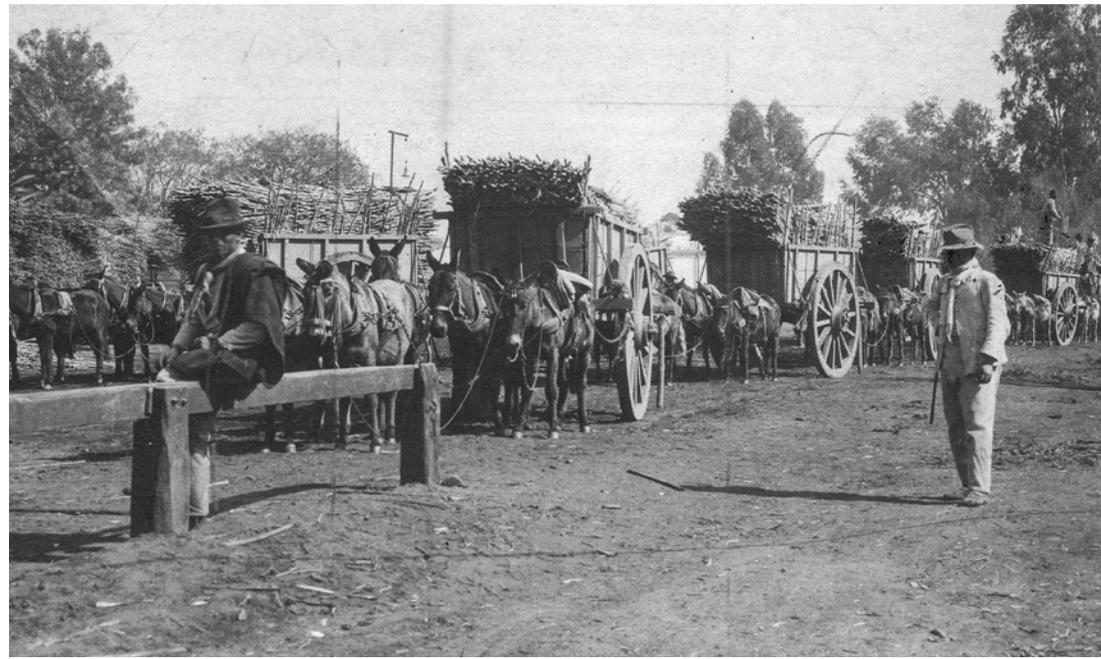
Vista del Ingenio San Pablo

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos

En un juego de asociaciones de imágenes, propios y ajenos seguramente recuperarían para Tucumán alguna referencia del mundo agroindustrial azucarero y sus actores. Frondosos cañaverales que año a año esperan el tiempo de la zafra para alimentar los trapiches; chimeneas que, de forma silenciosa o febril, se alzan en el paisaje provincial. Leyendas del universo azucarero que se cuelan en las fantasías de niños y adultos y reconocen en “el familiar” un ícono indiscutible. Obreros macheteando la caña junto a sus hijos, rostros y cuerpos cubiertos, instantáneas sin tiempo que remiten a protagonistas anónimos del mundo productivo. Movimientos cíclicos de

personas que, al ritmo de la cosecha, llegan a la provincia en busca de oportunidades de subsistencia. Cañeros y trabajadores apropiándose de calles y plazas para expresar sus reivindicaciones y procurar satisfacer sus demandas. Entre muchas otras, estas son algunas de las imágenes que reflejan, invariablemente, la persistencia de una cultura azucarera que tiñó con múltiples tonalidades e intensidades la trayectoria de la sociedad tucumana.

A fines del siglo XIX Tucumán fue el epicentro de una sensible transformación socio-económica que alumbró un modelo



**Entregando caña en cargadero del Ingenio Esperanza c. 1930**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos

productivo cifrado en el cultivo e industrialización de la caña. Velozmente los ingenios se multiplicaron por la geografía provincial y a su sombra nacieron los pueblos azucareros, comunidades laborales que engendraron una cultura compleja y singular que trascendió sus fronteras. El ingenio fue el vértice generador y organizador de la vida en los pueblos, espacios donde la desigualdad y las jerarquías pautaron la dinámica laboral y la vida cotidiana.

De mayo a noviembre los tiempos de la zafra definieron el ritmo de un mundo del trabajo signado por la afluencia de miles de familias obreras que llegaban de las provincias vecinas y de los valles Calchaquíes para poblar temporariamente la periferia de los pueblos. Las arduas labores y la necesidad de aprovechar la corta temporada de trabajo para subsistir el resto del año obligaban a todos los integrantes de la familia a involucrarse en las tareas productivas. De sol a sol, hombres, mujeres y niños cortaban y pelaban la caña y buscaban abrigo, frente al desarraigo y la explotación, agrupándose con sus comprovincianos o vecinos del lugar de origen. Experiencias compartidas y entramados de solidaridad preexistentes impactaban en sus trayectorias vitales definiendo el carácter diverso y desigual de las comunidades laborales azucareras. La vivienda expresaba las precarias condiciones del eslabón más débil pero más numeroso de la cadena productiva: cuartos en insalubres construcciones o ranchos de maloja albergaban numerosas familias, unidas por un destino donde el hacinamiento era el denominador común.

Los obreros permanentes, definidos por una relación laboral estable con el ingenio, fraguaron una experiencia diferente a la de los temporarios. Dicho estatus se reflejaba en las mejores condiciones materiales de la vivienda y en el acceso a un abanico de beneficios que abarcaban desde la posibili-

dad de atenderse en el hospital o sala de primeros auxilios del pueblo hasta enviar los hijos a la escuela del ingenio. La condición de permanentes también les permitía ser parte del denso entramado de instituciones locales de carácter religioso, social y recreativo formado por la parroquia, el club deportivo, la mutual y a, partir de los años cuarenta, el sindicato. La estabilidad forjaba lazos de solidaridad y reciprocidad obrera; su reverso era la amenaza silenciosa y constante del desahucio. Ser despedidos implicaba la expulsión del pueblo, significaba quedarse sin trabajo y sin techo, excluyéndolos de la urdimbre de vínculos y sentidos de pertenencia fraguados en la experiencia laboral.

Este mundo de desigualdades se apoyaba en una mano de obra mayoritariamente masculina, punto de partida que configuró una cultura de impronta patriarcal. En los cañaverales la relación contractual se pactaba invariablemente con el



**Patio de maniobra de un ingenio azucarero, s/f**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos

**Obreros santiagueños que llegan para la cosecha de la caña 1920**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos



**Carros cañeros y mujer llevando alimentos**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos



**Casa de peladores de caña, Ingenio La Trinidad 1920**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos



**Niños trabajando en un trapiche azucarero**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos



varón de la familia. Este vínculo desdibujaba el trabajo de las mujeres, quienes eran parte activa de las labores agrícolas, y reforzaba la subordinación respecto del hombre. En la fábrica, el único oficio que incorporaba mujeres era el de “cosedor de bolsas”, faena “naturalmente” asociada a las tareas realizadas por ellas en sus hogares. En ambas esferas, la invisibilidad y división del trabajo confinaba a las mujeres a

la realización de labores domésticas y el cuidado de los hijos. Sin embargo, en los pueblos azucareros ellas contribuían de distintas formas a la economía familiar: realizaban tareas en el chalet de los propietarios, las casas del personal jerárquico y las oficinas de la administración; preparaban y vendían comida; lavaban y planchaban la ropa de los empleados solteros, ocupaciones que refrendaban el esquema patriarcal.



**Zafreño santiagueño llegando a Tucumán**

Archivo General de la Nación, Dpto. Doc. Fotográficos

Las comunidades azucareras ofrecían posibilidades de trabajo, contención social y asistencia pero a la vez condicionaban el vínculo entre obreros y patrones. En la experiencia de los trabajadores el cerco perimetral de los pueblos no sólo expresaba una frontera física. Para los industriales, los servicios comunitarios, la remuneración y las condiciones de trabajo quedaban sujetas a su criterio, noción discrecional y privada de las relaciones laborales que procuró confinar la intervención del Estado tras los portones del ingenio. En

la misma línea, el celoso control patronal desalentó los atisbos de organización sindical y reprimió la protesta obrera dificultando la construcción de derechos socio-laborales. Sin embargo, los trabajadores aprovecharon los intersticios de este sistema de control a través de diferentes vías: la fuga como opción a la desesperanza, la destrucción de la maquinaria como estallido del malestar frente a la opresión y las huelgas como canal para visibilizar las demandas. Asimismo, la intermitente aparición de entidades gremiales y la tímida



Filmación  
"Los Meleros"  
1965

Archivo de la Escuela de Cine  
y Televisión de la Universidad  
Nacional de Tucumán (UNT)



▲  
El abogado Carlos  
Aguilar reunido con  
obrerros azucareros  
para la organización  
del sindicato del  
Ingenio La Trinidad  
1943

Archivo del Diario La Gaceta

Obreros del Ingenio  
San Juan durante  
huelga de 1949

Archivo del Diario La Gaceta



legislación laboral traccionada por las protestas y la llegada del radicalismo al poder, a mediados de la década de 1910, impugnaron la concepción paternalista y privada de los empresarios azucareros.

A principios de la década de 1940, la experiencia de las comunidades azucareras fue resignificada por la sindicalización alentada por el Estado y, al unísono, este proceso fue alimentado por las tradiciones y trayectorias de la clase trabajadora. La vertiginosa multiplicación de sindicatos por ingenio, que convergieron en la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), desafió las tradicionales prerrogativas de los industriales empoderando a los trabajadores y reformulando las relaciones obrero-patronales. El sensible avance del Estado en materia de derechos laborales franqueó los límites del pueblo impactando en la cotidianeidad de las comunidades azucareras. Como un reguero de pólvora, el peronismo motorizó la organización y politización de los trabajadores activando demandas y modificando las nociones de lo justo en pos de la concreción de derechos. Movido por

sus necesidades, un obrero del ingenio Leales le escribió una carta a Perón solicitándole la expropiación de la fábrica y la mejora en las condiciones de vida de los habitantes del pueblo porque "hai viviendas obreras que son nidos de ratas y binchucas porque no se las puede llamar de otra manera (...) nosotros no gosamos de viviendas comodas he ingenicas como dice la ley"<sup>1</sup>.

A fines de esa década, al interpelar al Estado y a la propia figura de Perón, la gran huelga azucarera del '49 puede leerse como metáfora de los límites que el gobierno peronista fijó al ciclo de politización que él mismo promovió. La extrema decisión de intervenir FOTIA fue acompañada de un importante aumento salarial, definición que condensó las múltiples aristas de dicha coyuntura política. Si la relación de los trabajadores azucareros con el peronismo atravesó algunos momentos de turbulencia, la tormenta desatada con el golpe de Estado de 1955 fortaleció la filiación peronista. Al igual que en otras provincias, la resistencia obrera tucumana fue la respuesta a los embates contra las conquistas y derechos adquiridos en la década previa.

La experiencia de la clase trabajadora, las huellas de memorias compartidas y los sentidos de pertenencia a las comunidades azucareras se pusieron a prueba en 1966. El gobierno militar liderado por Juan Carlos Onganía profundizó de forma veloz y descarnada el esquema liberal que, esbozado desde finales de la década de 1950, procuraba desmontar el sistema de regulación y tutelaje estatal que había tenido su cenit durante el peronismo. El cierre de 11 de las 27 fábricas azucareras definido por el régimen militar benefició a los capitales más concentrados y procuró reformular el modelo productivo azucarero que la economía tucumana había adoptado a finales del siglo XIX.

El impacto social de dicho proceso fue inconmensurable. La radical medida económica adoptada por el gobierno generó



Tito MANGINI  
Cargando caña,  
de la serie  
El Hombre en la zafra  
1969

Toma directa con negativo ByN

<sup>1</sup> Archivo Intermedio, Fondo Secretaría Legal y Técnica, caja 53, exp. 9878. Carta de un obrero del ingenio Leales a Perón, 1952.

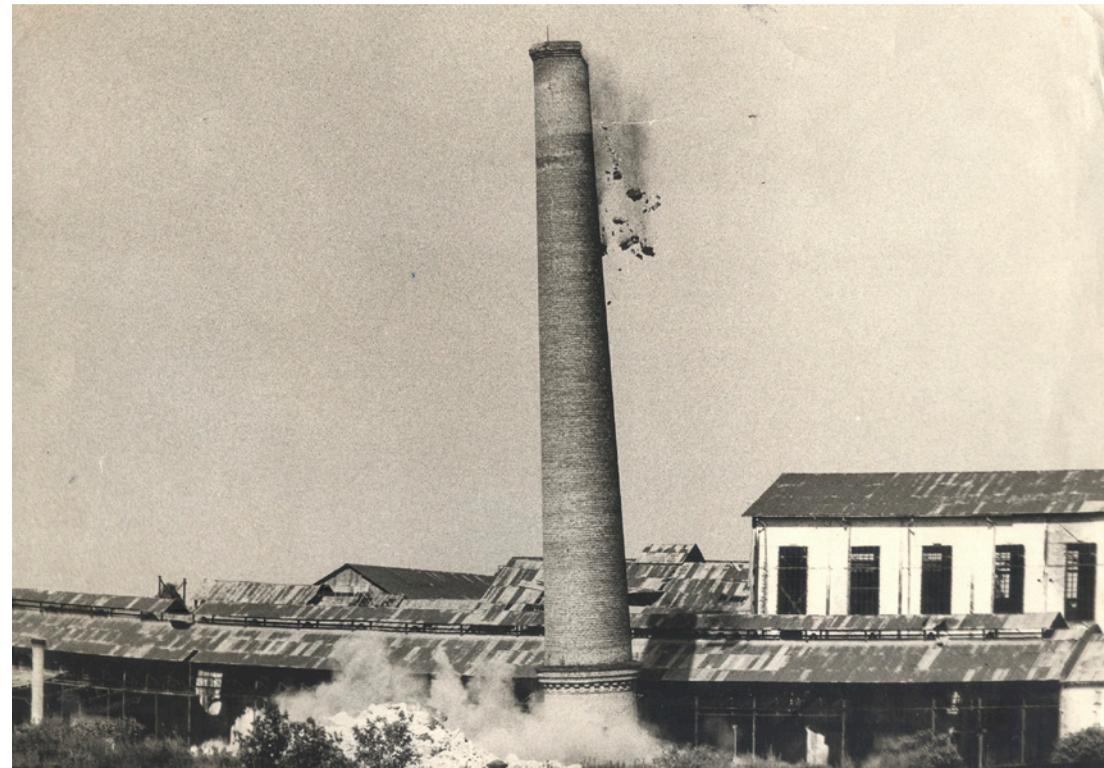


un proceso masivo de pérdida de puestos de trabajo, extendida miseria y destrucción del entramado social por el éxodo de miles de tucumanos y tucumanas. Así, en el lustro comprendido entre 1965 y 1970 la población de la provincia se redujo alrededor de un 20%, contingente humano que, desarraigado de sus comunidades, fue en busca de un porvenir muchas veces esquivo. En cierto sentido esta debacle constituía un dramático punto de llegada de un proceso de contracción de la actividad azucarera que repercutió en el mundo del trabajo, donde la caída en los niveles de ocupación venía patentizándose desde principios de la década de 1950. En este contexto, la histórica condición de receptora de brazos que caracterizó a la industria azucarera se revirtió y en los años sesenta la expulsión de hombres y mujeres se convirtió en un sino derivado de la crisis.

Ante la amenaza del hambre y la pauperización, el éxodo se combinó con la lucha en defensa de los puestos de trabajo. Puebladas, ollas populares, movilizaciones y otras expresiones de descontento fueron algunas de las respuestas

ensayadas por los vecinos de los pueblos. De esa forma, las comunidades fraguadas al calor del despegue azucarero se aferraron a las históricas tramas de solidaridad y reciprocidad para enfrentar una batalla desigual que reportó, en el corto plazo, más derrotas que victorias.

Si la reconversión productiva tendiente a diversificar las actividades económicas tucumanas era inherente al discurso gubernamental que justificó el cierre de los ingenios en 1966, su fracaso profundizó los efectos de la crisis. La promesa de la rápida llegada de industrias a la provincia no se materializó y la tardía instalación de fábricas textiles y automotrices estuvo muy lejos de suturar el tejido socio-laboral que el cierre de ingenios había desgarrado. El correlato de la crisis se expresó en protestas de signo diverso que impactaron sensiblemente en las comunidades azucareras, permeadas



Página anterior

Tito MANGINI  
Bracero, de la serie  
El hombre en la zafra  
1969

Toma directa con negativo ByN



Juan Pablo  
SANCHEZ NOLI  
De la serie  
De sol a sol en la zafra  
2006

Toma directa con impresión  
digital ByN

por la radicalización política, la efervescencia sindical y la presencia de organizaciones guerrilleras. La represión desatada desde el Operativo Independencia (1975) y continuada durante la dictadura militar se abatió cruelmente sobre los obreros azucareros. Este proceso reconoce en el asesinato de Atilio Santillán, histórico dirigente de la FOTIA, uno de sus principales hitos.

En la década del setenta, el mencionado proceso de retracción de la mano de obra agrícola, la caída del salario obrero y el avance de la mecanización, con la llegada de cosechadoras integrales, redefinieron el mundo del trabajo azucarero. Si el despegue de fines del siglo XIX reconoció en la tecnología un impulso decisivo para la conformación de comunidades laborales abigarradas y complejas, la irrupción de la tecnificación durante las últimas décadas del siglo XX actuó inversamente. Los brazos de hombres y mujeres, sus horizontes de expectativas, demandas y conflictos fueron paulatinamente desplazados por el trajín mecánico de las cosechadoras. Aproximadamente, los 45.000 obreros de surco temporarios de los años setenta se redujeron a 15.000 en los noventa.

En un acompasado movimiento, mientras la actividad azucarera persistió dificultosamente frente a los embates neoliberales y la amenaza de la importación del dulce brasileño, la industrialización del limón, actividad iniciada a finales de los años sesenta, ocupó vertiginosamente un lugar protagónico en la economía provincial. Ambas agroindustrias comparten ciertos aires de familia. Por un lado, la preeminencia de la mano de obra temporal y la precariedad en sus condiciones de trabajo forjaron las experiencias del más nutrido actor productivo. Asimismo, están unidas por la presencia minoritaria de obreros permanentes en los campos y en las fábricas, caracterizados por mejores condiciones laborales. Por otro lado, la mayoritaria contratación de mano de obra masculina, la participación de familias enteras durante la cosecha y la vulnerabilidad de la mujer en materia de derechos socio-laborales marcaron con la impronta de género ambas esferas productivas.

Estas similitudes no eclipsan las profundas diferencias, signadas por un imaginario social donde los obreros azucareros se asocian con un pasado de organización y resistencia sindical frente a un mundo laboral citrícola de baja agremiación y escasa capacidad de negociación. Asimismo, a diferencia del azúcar, el limón no reporta efectos dinamizadores equivalentes en la economía. En este contrapunto, mientras que la producción del dulce se orienta al mercado interno, el limón encuentra su destino allende nuestras fronteras.

Demolición de la  
chimenea del Ingenio  
Santa Ana  
1977

Archivo del Diario La Gaceta



Juan Pablo  
SANCHEZ NOLI  
De la serie  
*De sol a sol en la zafra*  
2006

Toma directa con impresión  
digital ByN

Como se desprende de este veloz recorrido, la persistencia de mundos del trabajo asociados a la industrialización de productos agrícolas revela una de las constantes de la historia productiva de Tucumán, donde la mixtura de abigarrados surcos de caña y plantaciones de limones definen, en gran medida, el paisaje rural. La condición estacional de ambas actividades marca el ritmo de la trayectoria vital de miles de familias que se desplazan por la geografía nacional en procura de una subsistencia teñida por el desarraigo.

## LITERATURA CITADA

---

**BRAVO, María Celia** (2008). *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*, Rosario, Prohistoria.

**CRENZEL, Emilio** (2001). *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

**GUTIÉRREZ, Florencia y RUBINSTEIN, G.** (Comps.) (2012). *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.

**GUY, Donna** (2008). *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del ochenta*, Tucumán, Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.

**LICHTMAJER, Leandro** (2014). *Operando sobre la coyuntura. Inflexiones en las vías de financiamiento de la Unión Cívica Radical de Tucumán durante el primer peronismo*. En Mauro, D. y Lichtmajer, L. (Comps.), *Los costos de la política. Del Centenario al primer peronismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 81-97.

**SANTOS LEPERA, Lucía** (2015): *Entre la autoridad eclesiástica y el liderazgo local: los curas párrocos de la diócesis de Tucumán durante el primer peronismo*, Quinto Sol, La Pampa, Vol. 19, N° 3, pp. 1-21.

---